
CANTO DÉCIMONONO.

El Rey y Soliman se separan en la torre.
Mata Tancredo á Argante en combate singular. La enamorada Erminia
y el explorador Vafrino vuelven al campo de los cruzados.

I

Ya la muerte, el consejo ó la pavora
A los moros quitó de la defensa.
Sólo Argante, en quien fiero ánimo dura,
Al expugnado muro en volver piensa.
Muestra la faz intrépida y segura,
Y lidia envuelto en multitud inmensa:
Más teme que la muerte ser rendido;
Ni aun muerto parecer quiere vencido.

II

Más que otro alguno, con terrible mano
Tancredo llega y dále áspera herida;
Presto dicen quién es al circasiano,
El hecho, armas y enseña conocida:
Con él lidió y al sexto día en vano
Le esperó á continuar la lid reñida.
Gritale: "Así su fe guarda Tancredo?
"¿Vuelves así á la lid? ¿Dejóte el miedo?"

III

“Tarde y no solo vuelves. No rehuso
 “Con todo, combatirte muchas veces,
 “Bien que no vengas de guerrero al uso;
 “Que más bien maquinista me pareces.
 “Escudo haz de los tuyos. Sé profuso
 “En invenciones nuevas y rafeces;
 “Que de mis manos no podrás, ¡oh fuerte
 “De damas matador, huir la muerte!”

IV

Sonríe el buen Tancredo, y es por cierto
 De coraje, y así le da respuesta:
 “Tarda mi vuelta ha sido, mas te advierto
 “Que pronto la crearás sobrado presta,
 “Y quisieras que entre ambos un desierto
 “Hubiese, ó ancho mar ó alpina cresta;
 “Y que de mi tardanza, cobardía
 “Causa no fué, sabrás por vida mía.

V

“Aparte ven acá, tú, cuyo brio
 “Héroes sólo matar sabe y gigantes:
 “Yo, de hembras matador, te desafío.”
 Dice así, y á los otros asaltantes,
 “Dejad—les grita—ese hombre, que yo os fio
 “Que á vencerle mis manos son bastantes:
 “Es mio ántes que público enemigo,
 “Y en cierto empeño está para conmigo.”

VI

“Bien, solo baja aquí ó acompañado.”
 “Como quieras;—replica Argante fiero—
 “En lugar solitario, ó frecuentado,
 “Que aun con ventaja, no dejarte quiero.”
 Así el reto propuesto y aceptado,
 A la lid van aquel y este guerrero.
 Se odian, y hace el rencor que uno defiende
 Al rival, para que otro no le ofenda.

VII

Grande el celo es de honor: aunque desea
 El cruzado la sangre del pagano,
 Él derramarla quiere en la pelea
 Sin que una gota vierta ajena mano.
 Lo escuda y “nadie á herir osado sea
 “Al moro,” grita aun al que ve lejano;
 Y sin lesion á su enemigo saca
 De entre la amiga turba que le ataca.

VIII

Salen de la ciudad y se retiran
 De ella y de los cristianos pabellones,
 Y buscando excusadas sendas, giran
 Por torcidos revueltos callejones.
 Un valle estrecho, umbroso, por fin miran,
 Entre cerros, con traza y proporciones
 Como de teatro ó circo, destinado
 A lid ó caza y en redor cercado.

IX

Paran ambos. Argante embebecido
 Queda, mirando á la ciudad doliente.
 Tancredo al ver que está desproveído
 De escudo, el suyo arroja prontamente
 Y dice: “¿Qué te tiene suspendido?
 “Que llegó tu hora piensas ciertamente:
 “Si á tal temor tu ánimo se entrega,
 “Muy fuera de sazón tu miedo llega.”

X

“Pienso—responde—en la ciudad que un día
 “Fué de Judea antigua soberana,
 “Que vencida está ahora, y yo queria
 “De la ruina librar que la profana;
 “Y cuán corta venganza á la ira mia
 “Dará el cielo en tu muerte ya cercana.”
 Calló; y van á encontrarse precavidos;
 Que son uno del otro conocidos.

XI

Tancredo, ágil de cuerpo, ligereza
 Tiene de piés y manos con exceso;
 Supérale con toda la cabeza
 Argante, y de sus miembros es más grueso.
 Salta y gira Tancredo con presteza
 Y se retira en pronto retroceso;
 Busca empeñoso la enemiga espada
 Y se esfuerza en tenerla desviada.

XII

Con todo el cuerpo erguido el bravo Argante,
 Igual arte demuestra en acto vario;
 Cuanto alcanza su brazo va adelante;
 Busca el cuerpo y no el hierro del contrario.
 Tienta aquel nuevo paso á cada instante;
 Siempre éste al rostro tira al adversario;
 Le amenaza é impídele que saque
 Furtivo bote ó repentino ataque.

XIII

Así en pugna naval, cuando no irrita
 Del mar las aguas plácidas el viento,
 Que entre naves no iguales se suscita,
 Supera una en tamaño, en movimiento
 La otra, que dando vueltas mil se agita,
 Y aquella embiste que con giro lento
 Se mueve, y si la otra se avecina
 Desde su altura le amenaza ruina.

XIV

Miéntas por bajo entrar el franco tienta,
 El fierro desviando que halla opuesto,
 La espada vibra Argante, y le presenta
 A los ojos la punta; él pára presto;
 Mas la baja el pagano tan violenta,
 Que tiempo no permite al contraresto:
 Tocó, y herido viéndole el costado,
 Grita: "Fué al fin el burlador burlado."

XV

Tancredo, de vergüenza y de coraje
 Ardiendo, ya no tanto se resguarda;
 Venganza busca, suba el hierro ó baje
 Y vencido se estima, si ella es tarda.
 Su espada sola contestó al ultraje,
 Que al yelmo va donde los ojos guarda;
 Rebate Argante el golpe, y decidido
 Tancredo á media espada ya ha venido.

XVI

Rápido entónces mueve el pié siniestro;
 Con la izquierda el derecho brazo aferra,
 E hiriendo con la otra el lado diestro,
 De mil puntas mortales, con él cierra,
 Y, "Esta respuesta al burlador maestro,
 Dícele, "da el burlado en buena guerra."
 Brama el moro, en esfuerzos se deshace
 Sin que el asido brazo desenlace.

XVII

La espada á la cadena, al fin, pendiente
 Deja, y al buen latino se abalanza;
 Lo mismo hace Tancredo, y fuertemente
 Cada cual al contrario ase y afianza.
 A Anteo no del suelo antiguamente
 Levantó Alcides con mayor pujanza,
 Que la que emplean en tenaces nudos
 De éstos los duros brazos y nervudos.

XVIII

Despues de haber luchado una gran pieza,
 A un tiempo al suelo el uno y otro viene;
 Fuera suerte de Argante, ó su destreza,
 Libre y suelto el derecho brazo tiene;
 Cayendo al franco el cuerpo se reveza
 Y la diestra debajo le retiene;
 Al verse en desventaja y riesgo puesto,
 De Argante se deshace, y salta presto.

XIX

Salta más tarde el moro, y un mandoble
 Antes que se alce va sobre él violento;
 Mas como pino que su cima doble
 Al Euro, y vuelva á erguirla en el momento,
 Así de éste el valor aumenta al doble
 Y mayor fuerza cobra y más aliento:
 Golpes nuevos entrambos menudean
 Y arte menor, furia mayor emplean.

XX

La sangre en más de un punto al franco fluye;
 Ríos la del pagano hacer parece;
 El furor con las fuerzas disminuye
 Cual fuego que sin pábulo perece.
 La flaqueza de aquel, Tancredo arguye;
 De que el brazo en sus golpes languidece;
 Cesa en su noble corazón la ira,
 Y así diciendo afable, el pié retira:

XXI

“Cede, fuerte varon, sea que entiendas
 “Que soy yo quien te vence ó la fortuna:
 “Triunfo de tí no busco ó ricas prendas,
 “Ni he de imponerte condicion alguna.”
 Más que nunca el pagano iras horrendas
 Cuando esto oyó, dentro del pecho aduna.
 Contesta: “¿Ya de triunfador blasonas,
 “Y á Argante de cobarde así abaldonas?”

XXII

“Usa tu suerte: sin temor te espero,
 Y sabré dar castigo á tu locura.”
 Cual fuego que se apaga, en el postrero
 Instante, y al morir luce y fulgura,
 Tal de cólera hinchendo el moro fiero
 La escasa sangre alienta su bravura;
 Y su muerte, que cerca está ya viendo,
 Quiere ilustrar, con gloria pereciendo.

XXIII

La mano izquierda junto á la otra puesta,
 Tira con ambas formidable tajo,
 Y aunque halla la enemiga espada opuesta,
 La fuerza y va adelante sin trabajo;
 Hiriendo hombro y costillas, pasa presta,
 Y cuanto encuentra rompe de alto á bajo:
 Si Tancredo no teme, es que su pecho
 Incapaz de temor natura ha hecho.

XXIV

Dobla Argante el terrible tajo; al viento
 Arroja inútil fuerza y vana ira;
 Que Tancredo á sus golpes está atento,
 Y muy á tiempo de ellos se retira.
 Su propio peso, al ímpetu violento,
 Al moro, débil ya, de bruces tira;
 Por sí cayó, sin que jactarse pueda
 Álguien de que á su empuje al caer ceda.

XXV

Las heridas dilata haber caido
 Y la sangre que de ellas vierte aumenta;
 Se apoya en una mano, y sostenido
 En la rodilla, aun defenderse intenta.
 “Ríndete” el otro grita, y comedido
 Nuevas nobles ofertas le presenta.
 Él en tanto, á hurtadillas halla traza
 De herirle en un talon, y le amenaza.

XXVI

Tancredo, á quien la cólera exaspera,
 Dice: “Felon ¿así la bondad mia
 “Pagas?” y una vez y otra la visera
 Pasó su espada donde halló la via.
 Muriendo Argante está como viviera,
 Y amenazaba y no languidecia.
 Son soberbias, terribles y feroces
 Su postrera actitud y últimas voces.

XXVII

Tancredo el hierro envaina, y reverente
A Dios las gracias da de haber triunfado;
Mas exangüe, sin fuerzas y doliente,
La sangrienta victoria le ha dejado.
Teme que para el viaje, insuficiente
Sea el poco vigor con que ha quedado;
Mas, aunque paso á paso, aquel camino
Vuelve á tomar por donde al valle vino.

XXVIII

Su débil cuerpo mucho andar no puede,
Aunque se esfuerza bien y bien se amaña;
Siéntase, su cabeza el peso cede
A la diestra, que tiembla como caña;
Cuanto á su vista está cree que rueda;
Para él la luz densa tiniebla empaña,
Y se desmaya al fin. Quien á ambos viera
Vencido y vencedor no distinguiera.

XXIX

Mientras se hacia el singular combate
Por ocasion privada tan furioso,
La ira del vencedor corre, y abate
En la ciudad al pueblo criminoso.
¿Quién habrá que con fiel pincel retrate
El miserable aspecto doloroso
De la vencida tierra? O ¿con qué pluma
Podrá escribirse de su horror la suma?

XXX

Todo de sangre ya y de estrago lleno:
Cadáveres en montes apiñados,
Heridos vivos cubren el terreno,
Bajo insepultos muertos sepultados;
Las madres huyen estrechando al seno
Los niños, sus cabellos derramados;
Y harto el ladron de robo y de degüello,
Ase á la tierna vírgen del cabello.

XXXI

Por calles que al Oeste hácia la altura
Al gran templo conducen de los fieles,
De hostil sangre cubierta la armadura,
Persigue el buen Reynaldo á los infieles:
Descarga sin cesar su diestra dura
En los que armados ve, golpes crueles.
Frágil reparo son yelmo y escudo:
Mejor defensa es ir de armas desnudo.

XXXII

Su noble hierro solo al hierro embiste;
No en inermes menguados brío ostenta;
A quien ánimo ó armas no reviste,
Con la mirada y voz terrible ahuyenta,
A su valor sin par nada resiste:
Hiere ó amaga, mata ó amedrenta;
El riesgo no es igual, sí las alarmas
De los que armados huyen ó sin armas.

XXXIII

Con el vulgo cobarde, recogido
Tambien se habia un gran tropel guerrero
Al templo, que hartas veces derruido
Y alzado, el nombre aun tiene del primero
Fundador Salomon. Fué construido
De cedro y mármol y oro todo entero.
Ya no tan rico, aun fuerte se mantiene,
Que altas torres y herradas puertas tiene.

XXXIV

Llegado el paladin, ve que asomaban
Las turbas en sublime y amplio asiento;
Que cerraban las puertas, y allegaban
Las defensas que pueden de momento.
Vió y remiró, con ojos que abrasaban,
Dos veces de la cúpula al cimiento,
Buscando estrecha entrada, y otras tantas
Vuelta le dió con las veloces plantas.

XXXV

Cual rapaz lobo, cuando cesa el día,
El cerrado redil rondando acecha,
Secas las fauces ávidas, bravía
Hambre sintiendo, nunca satisfecha;
Así él en torno alguna entrada espía,
Por más que áspera fuera, árdua y estrecha.
Pára al fin en la plaza, y en lo alto
Esperan los cuitados el asalto.

XXXVI

A un lado está (cuál fuera su destino
Se ignora) viga enorme, larga y gruesa.
Nunca ostentó tan grande y fuerte pino
Por mástil, alta nave genovesa.
Hacia el templo con ella el héroe vino
Que á su potente mano nada pesa;
La abraza á modo de ligera lanza
Y á las puertas con ímpetu la lanza.

XXXVII

Ni mármol ni metal resistir pueden
Al choque de las recias embestidas:
Saltan los quicios de la roca, y ceden
Las puertas, por los golpes abatidas.
No los arietes tanta fuerza exceden,
Ni bombardas, cual rayos despedidas.
La gente que la abierta via inunda
Como diluvio, al vencedor secunda.

XXXVIII

Misero estrago mancha y ensangrienta
La que ántes fué de Dios mansion gloriosa.
¡Oh justicia del cielo! cuanto lenta,
Fuiste al impío pueblo rigurosa:
Henchiste de la ira más violenta
Y de crueldad, al alma más piadosa:
Lavó el templo el infiel con sangre impía,
Que tiempo tanto profanado había.

XXXIX

Soliman entretanto en la gran torre
Busca refugio, de David llamada;
De los suyos el resto le socorre
Y atrincherar procura toda entrada.
Tambien allí el tirano Aladin corre.
Cuando el Soldan percibe su llegada,
“ Ven—le dice—gran rey, sube á la altura
“ De la roca fortísima y segura,

XL

“ Que á la última defensa te convida
“ Contra la saña fiera del cristiano.”
“ ¡Ay!—responde—¡Ay de mí ya destruida
“ La ciudad tiene su furor insano:
“ Ya mi imperio cayó, perdí mi vida.
“ Viví y reiné. Ya todo esfuerzo es vano:
“ Fuimos, puedo decir; y el miserable
“ Último fin nos llega inevitable.”

XLI

“ ¿Dónde, señor, está tu ánimo fuerte?
(Dice el Soldan entónces enojado)
“ Reinos puede quitar adversa suerte;
“ Nunca real dignidad al esforzado:
“ Dentro allí puedes siempre guarecerte
“ Y reposar tu cuerpo fatigado.”
Así le habla, y le hace recogerse
A la torre en que espera defenderse.

XLII

Con ambas manos una herrada maza
Toma el Soldan; la espada al cinto tiene.
Puesto á la puerta, con resuelta traza
A los francos impone y los contiene;
Cuanto su mano alcanza despedaza;
El que no muere, á tierra al ménos viene:
La gente, de la puerta léjos huye
Donde la maza atroz bate y destruye.

XLIII

Llega seguido de escuadron valiente
Raymundo, el noble conde de Tolosa,
Corre á la puerta con erguida frente,
Despreciando la maza ponderosa;
Tiró el primero, mas inútilmente;
No así el Soldan; con fuerza prodigiosa
La maza en la cabeza al Conde ofende,
Que de espalda al caer, los brazos tiende.

XLIV

Va á los vencidos ánimo volviendo
Que ántes por el temor perdido habian,
Ya rechazados á los francos viendo
Si muertos á la entrada no caian.
Al Conde ve el Soldan, que el golpe horrendo
Derribó entre los muertos que yacian.
Gritó á los suyos: "Ese caballero
" Dentro llevad, guardadle prisionero."

XLV

A cumplir van la órden; mas en breve
Ven cuánto es árdua y peligrosa empresa:
No permiten los de él que se le lleve,
Y le defienden cual valiosa presa.
A unos furor, á otros piedad mueve,
Y no poco en la lucha se interesa;
Que de un grande hombre libertad y vida
El premio son de aquella lid reñida.

XLVI

A la larga el Soldan triunfado hubiera,
Que en su venganza más y más se obstina,
Pues á su maza en vano oponer era
El doble escudo ó la celada fina,
Si á su contrario ayuda no viniera
Por una parte y otra, repentina:
A un mismo tiempo por diverso lado
Godofredo y Reynaldo han avanzado.

XLVII

Como pastor que ve al ambiente puro
Turbar recio huracan y rayo y trueno,
Y mil nubes hacer el dia oscuro,
Su grey recoge, y de zozobra lleno,
Al lugar la endereza más seguro,
En tanto vuelve el cielo á estar sereno,
Con los gritos la rige y el cayado,
Y atrás va con solícito cuidado;

XLVIII

Así el pagano, que venir sentia
Horrible tempestad y turbion fiero,
Que con alto fragor el cielo heria
Brillando á un lado y otro el claro acero,
Custodiada, ante sí la gente envia
A la gran torre, y él queda zaguero.
Párte al fin, y á su fuga la apariencia
Más bien que de temor, da de prudencia.

XLIX

Apénas en los ámbitos murales
Y las puertas cerrando, se repara,
Las barreras rompiendo, á los umbrales
Reynaldo llega; en ellos no se pára,
Que quiere aventajar á sus rivales
En valor, y cumplir lo que jurara:
El voto que ántes hizo nunca olvida
De matar del Danés al homicida;

L

Y en aquel punto su inflexible espada
Tentara el fuerte, inexpugnable muro,
Y de ella, á darle muerte destinada,
No estaria el Soldan quizás seguro;
Mas toca el Capitan á retirada,
Ya viendo en torno el horizonte oscuro.
Allí acampar resuelve, pues queria
Dar nuevo asalto en cuanto quiebre el dia.

LI

Dice, en medio del gozo que le exalta:
 " El gran Dios nuestras armas favorece:
 " Lo más hecho está ya. Lo que hacer falta
 " Es poco, y de temor causa no ofrece.
 " Mañana expugnaréis la torre alta,
 " Ultimo asilo que al infiel guarece.
 " Mas id á confortar con amor santo
 " Los heridos y enfermos, entretanto.

LII

" Id, curad á esos héroes esforzados
 " Que con sangre pagaron la victoria;
 " Conviene esto de Cristo á los soldados
 " Más que sed de venganza, de oro ó gloria.
 " Estragos ¡ay! ya vimos demasiados
 " Y en algunos codicia harto notoria.
 " Que el robo y la matanza cesen mando
 " Y divulguen las trómpas este bando."

LIII

Calló, y al punto va donde doliente
 Aunque ya en su sentido, yace el Conde.
 Soliman, con no ménos audaz frente
 Habla á los suyos y su pena esconde:
 " De fortuna á despecho, al que es valiente
 " Siempre esperar, amigos, corresponde.
 " No del temor cedais al vano engaño,
 " Que menor que parece es nuestro daño.

LIV

" Tomados los contrarios muro y techos
 " Y el vulgo vil, mas no la ciudad tienen;
 " Que el rey, sus nobles, vuestros fuertes pechos
 " Y brazos, la ciudad en sí contienen.
 " Salvo el Rey y vosotros ya rehechos
 " Y estas firmes defensas se mantienen.
 " Vano trofeo, abandonada tierra
 " Tengan los francos; perderán la guerra.

LV

" Que al fin han de perderla cierto creo,
 " Pues con la suerte próspera engreidos,
 " En la matanza, crápula y saqueo
 " Y en vil lujuria están embrutecidos,
 " Y entre el robo y estupro fácil veo
 " Que muertos sean todos ó vencidos,
 " Si de Egipto el ejército pujante
 " Llega á punto, y no puede estar distante.

LVI

" Que de los altos edificios lluevan,
 " Entretanto, las peñas que lancemos,
 " Las calles todas que al sepulcro llevan,
 " Al infiel con las máquinas cerremos."
 Así en los tristes ánimos renuevan
 Sus voces de esperanza los extremos.
 Mientras esto allí pasa, anda Vafirino
 Buscando entre las armas su camino.

LVII

A la enemiga hueste, como espía,
 Al declinar el sol era partido,
 Y por oscura, solitaria vía,
 En la noche siguió desconocido.
 Por Ascalon pasó cuando aun el día
 No habia en el Oriente parecido;
 Y cuando al meridiano el sol tocaba,
 El poderoso campo divisaba.

LVIII

Vió tiendas infinitas, y flotantes
 De azul y gualda y rojo los pendones.
 Tantos oyó de lenguas discordantes
 Y atabal y añafil bárbaros sonos,
 Y gritos de camellos y elefantes,
 Y relinchos agudos de bridones,
 Que entre sí dijo: "Aquí la Africa entera
 Viene y el Asia toda se aglomera."

LIX

La fuerza ve del sitio donde asienta
 El campo, y cómo sea su estacada;
 No á hurto oculta via luego tiente,
 Ni se esconde á la gente derramada:
 Donde la régia puerta se presenta,
 Hablando y respondiendo hace su entrada.
 Con el lenguaje audaz, diestro y mañero
 Junta atrevido rostro y porte fiero.

LX

De un cabo al otro cuidadoso gira,
 Por cuanto el vasto campo en sí comprende;
 Hombres, caballos, armas, todo mira;
 Observa el arte y plan, nombres aprende;
 Y aun no contento, á descubrir aspira
 Los designios ocultos, y algo entiende.
 Tanto astuto y sagaz recorrió el llano,
 Que al pabellon llegó del soberano.

LXI

Pequeña hay en la tela una abertura
 Por donde algo se oiga y se discierna,
 Que á la parte responde en derecha
 Que en la estancia real es más interna,
 Y está así en el secreto mal segura
 Si alguno escucha de la parte externa.
 Vafrino atisba allí, sin que se entienda,
 Pues finge componer algo en la tienda.

LXII

Al jefe descubierto mirar pudo
 Armado el cuerpo y con purpúreo manto;
 El yelmo tiene un paje, otro el escudo,
 Él una lanza en que se apoya un tanto.
 Cerca está de él un hombre alto y membrudo
 De torvo rostro y ceño que da espanto.
 Vafrino escucha: oyendo que se nombre
 A Gofredo, la oreja pára al nombre.

LXIII

El jefe al otro dice: "¿Así, seguro
 " Estás de dar la muerte á Godofredo?"
 Responde aquel: "Lo estoy; no volver juro
 " Más á la corte, si vencer no puedo.
 " Fio en mi gente y de otro no me curo,
 " Y todo premio y recompensa cedo,
 " Si de sus armas un trofeo labras
 " En el Cairo, que lleve estas palabras:

LXIV

" Estas armas Ormondo quitó en guerra
 " Del Asia al destructor franco insolente
 " Que mató. De ello la memoria encierra
 " Esta inscripcion que dure eternamente."
 " No—replicó—si el golpe no se yerra,
 " A tu obra dará el Rey honra eminente.
 " Lo que pides de cierto ha de otorgarte,
 " Y aun con mayor merced sabrá premiarte.

LXV

" Las armas engañosas dispon presto,
 " Que cerca el dia está de la batalla."
 " Listas están"—responde—y dicho esto
 El uno y otro pensativo calla.
 Por lo que oyó Vafrino, quiere el resto
 Adivinar, y qué pensar no halla.
 Que hay armas falsas, que hay traicion entiende,
 Mas el ardid del todo no comprende.

LXVI

Pártese y vela aquella noche entera,
 Que no quiere dormir un solo instante;
 Mas cuando al despuntar la luz primera
 Ve que á marchar el campo se levante,
 Con los otros él sigue la bandera
 Y hasta donde hacen alto va adelante;
 De tienda en tienda cauteloso espía,
 Buscando si algo más saber podria.

LXVII

A hallar llega en pomposo y alto asiento
Entre damas y próceres á Armida,
Que suspira, y parece en aislamiento
Consigo misma hablar embebecida.
Las bellas luces baja al pavimento,
La mejilla en la mano sostenida.
No distingue él si llora; tiene al ménos
Húmedos ojos y de perlas llenos.

LXVIII

Al frente de ella Adrasto está sentado:
Ni pestañar, ni aun respirar parece,
Tan pendiente está de ella, embelesado
En su amoroso ardor, que así más crece.
A ambos ve Tisaferno, ya enojado,
Ya como quien amor sólo apetece;
Y al móvil rostro la color inflama
Ya recia ira, ya amorosa llama.

LXIX

Ve á Altamoro tambien que en compañía
De las damas, un poco estaba aparte,
No muestra los deseos en que ardía:
Su lasciva mirada rige el arte:
Ya una mano, ya un bello rostro espía;
Tal vez acecha más guardada parte;
Entre un mal puesto velo se introduce,
Donde túrgido y albo un seno luce.

LXX

Los ojos alza Armida al fin, y un tanto
Su frente ebúrnea, plácida serena,
Y brilla entre las nubes de su llanto
Suave sonrisa de delicias llena.
"Señor—decía—calma mi quebranto
"Tu generosa oferta, y me despensa;
"Que creo ser vengada sin tardanza
"Y es la ira dulce al esperar venganza."

LXXI

Responde el indio: "Aleja la tristeza,
"Y serena, por Dios, la faz turbada;
"Que del traidor Reynaldo la cabeza
"Pronto á tus plantas has de ver cortada;
"O si preso le quiere tu grandeza,
"Mi mano le traerá, por tí mandada,
"Segun que prometí." Le oye el otro:
Nada dice, mas sufre como en potro.

LXXII

La dulce vista á Tisaferno inclina
"Y "¿Qué dices, señor?" Armida inquiera.
Con sarcasmo él responde: "Pues camina
"Más lento mi valor, como pudiere
"A tu campeon en zaga ir determina."
Con este amargo dicho le zahiere.
Replica el indio: "Con razon desea
"Léjos seguir quien teme la pelea."

LXXIII

Tisaferno soberbio alza la frente
Y dice: "¡Oh, si tuviera mi albedrío
"Y en mi espada mandara libremente,
"Viérase á quién más lento mueve el brío.
"No temo yo á tus fieros, insolente;
"Temo al cielo y á Amor contrario mio."
Calló. Adrasto á retarlo se adelanta;
Mas á estorbarlo Armida se levanta,

LXXIV

Y exclama: "¿Por qué ahora, caballeros,
"Lo que dado me habeis quereis quitarme?
"Ambos mis campeones verdaderos
"Jurasteis ser: tal título os desarme;
"Si os airais es conmigo, y ofenderos
"No podeis, sin ofensa grave darme."
Hablando así, los calma y los aviene;
Que en férreo yugo á los rivales tiene.

LXXV

Vafrino todo oyó, que allí se oculta,
Y, la verdad sabida, se retira.
Mas penetrar la trama dificulta;
Que de ella nada en rededor traspira.
A álguien tal vez mañero habla y consulta:
Desea más lo que difícil mira;
Y está á perder la vida decidido,
O el secreto á saber tan escondido.

LXXVI

Mil diferentes modos de asechanza
Y engaños más de mil disurre agudo;
Mas la traicion á descubrir no alcanza,
Ni sus armas y ardid conocer pudo.
Fortuna al fin, colmando su esperanza,
De su intrincada duda soltó el nudo,
Y demostróle manifiesta y clara,
La suerte que á Gofredo se prepara.

LXXVII

Vuelve adonde sentada aún permanece
Armida, con sus fuertes campeones;
Que allí más medios de indagar le ofrece
Gente diversa en lenguas y naciones.
A una dama se acerca, que parece
Que ántes viera en diversas ocasiones,
Y aun que tuviesen amistoso trato,
Y la habla con semblante afable y grato.

LXXVIII

Como en burlas decia: "Si por suerte
" Fuera yo el paladin de una belleza,
" Cortaria tambien mi diestra fuerte
" De un Bullon ó un Reynaldo la cabeza.
" Dí si pudiera acaso complacerte
" En un cristiano haciendo tal proeza."
Así comienza, y poco á poco sabe
Ir la burla cambiando en tono grave.

LXXIX

Miéntas hablaba así, rostro risueño
Muestra, con gesto en él acostumbrado.
De las doncellas una con empeño
Le escucha y mira y se le acerca al lado;
Dice: "A todos te robo: soy tu dueño,
No llorarás tu amor mal empleado;
Por campeon te elijo: ven aparte;
Como á mi caballero quiero hablarte."

LXXX

Le aparta y dice: "Te he reconocido,
" Vafrino, y á mí tú, segun entiendo."
Túrbase el escudero sorprendido,
Mas á ella vuelto, respondió riendo:
" Si te vi, no recuerdo dónde ha sido,
" Y que tal no mereces estoy viendo.
" Esto sí sé, que nunca fui nombrado
" Del modo con que ahora me has llamado.

LXXXI

" De Biserta nací en la playa ardiente;
" Soy Almanzor; mi padre Lesbin era."
" Necio—ella dice—sé perfectamente
" Quién eres, y qué buscas, y quisiera
" Que te hubieses conmigo francamente.
" Soy tu amiga y por tí la vida diera.
" Soy la princesa Erminia; sierva un dia
" De Tancredo, viví en tu compañía.

LXXXII

" Dos meses que en prision moré dichosa,
" Tú, mi piadoso alcaide, me mostraste
" Afecto y cortesía bondadosa:
" Mírame; soy la misma á quien guardaste."
Atento mira él la faz hermosa,
Cuanto á reconocerla bien le baste.
" Vive (ella le agregó) de mí seguro:
" Por ese cielo y ese sol lo juro.

LXXXIII

" Ruégote que á tornar llegando el caso,
 " A la prision me vuelvas tan querida.
 " Noches turbadas, negros días paso
 " En libertad ¡ay! triste, desabrida.
 " Y si á espiar aquí veniste acaso,
 " Alta fortuna encuentras y crecida.
 " Sabrás por mí la trama y cosas raras
 " Que de otra suerte nunca averiguaras."

LXXXIV

Mientras habla, en silencio él la veía,
 Recordando á la astuta Armida bella.
 Cosa es locuaz y llena de falsía
 La mujer: loco es quien fia de ella.
 Así él pensaba, y luego la decía:
 " Si resuelves venir, sigue mi huella;
 " Esto ora entre nosotros concertemos,
 " Y en ocasion más cómoda hablaremos."

LXXXV

Entre ambos la partida se resuelve,
 Antes que se alce el campo; en el momento
 Deja Vafrin la tienda; ella se vuelve
 A las otras, mostrando gran contento;
 Torna á la alegre plática en que envuelve
 Al galan nuevo, y burla de su intento.
 Luego á la cita va, dél se acompaña,
 Y ambos salen del real á la campaña.

LXXXVI

Llegados á un paraje solitario,
 De donde el campo se divisa apénas,
 " Cuéntame ahora—él dice—el plan nefario
 " Contra Bullon, las tramas sarracenas."
 Ella el ardid le explica sanguinario
 Y de todo le da noticias plenas.
 " Hay—le dice—en la corte ocho guerreros,
 " El fuerte Ormondo y siete compañeros.

LXXXVII

" Estos (por odio ó fanatismo sea)
 " Han conspirado, y ves aquí su traza:
 " Cuando se trabe la campal pelea
 " Que hoy al imperio asiático amenaza,
 " Armas tendrán que francas ser se crea
 " Y de la Cruz el signo en la coraza:
 " De Gofredo á la guardia los colores,
 " Blanco y oro, hurtarán esos traidores,

LXXXVIII

Cada cual en el yelmo pondrá cosa
 Que le dé á conocer á los paganos;
 Y cuando más trabada esté y furiosa
 " La lid, aparentando ser cristianos,
 " A Gofredo de dar muerte alevosa
 " Han de tratar sus traicioneras manos
 " Con armas que en veneno estén teñidas
 " Y hagan mortales todas las heridas;

LXXXIX

" Y como á los paganos les constara
 " Que sé yo vuestras armas y señales,
 " Por fuerza me obligaron que bordara
 " Insignias falsas en un todo iguales;
 " Esto causó que el campo yo dejara,
 " Huyendo de sus órdenes brutales.
 " Detesto el fraude vil, y á quien intenta
 " Contaminarme con traicion sangrienta.

XC

" A esta razon quizás otra se agrega....."
 Calla aquí y el rubor cubre su frente,
 Los ojos baja, y á expresar no llega
 El último concepto, claramente.
 Vafrino saber quiere lo que niega
 Declarar, la vergüenza que ella siente,
 Y dice: "Poco fiel me consideras,
 " Pues no dices las causas verdaderas."

XCI

Lanzando ella un suspiro conmovida,
Dice con ronca voz y vacilante:
" Vergüenza, que á mal tiempo eres venida,
" No es este tu lugar; véte al instante.
" Qué ¿tintas ora en vano compungida
" Con tu fuego cubrir el fuego amante?
" Que ántes me detuvieses bueno fuera;
" No ya que soy doncella aventurera."

XCII

Prosigue: "Aquella noche á mí tan dura
" Y á mi patria oprimida y destrozada,
" Más que creí perdí: mi desventura
" No en ella, mas fué della ocasionada.
" Perder fué poco el reino: de la altura
" De mí misma también fuí derribada:
" Sin poder más cobrarlos, ví perdidos
" El seso, el corazon y los sentidos.

XCIII

" Tú viste con qué angustia y dolor fiero,
" Tanta matanza viendo y tantos males,
" Al mío y tu señor corrí, el primero
" Que pisó armado las estancias reales.
" Me incliné y dije: "Invicto y gran guerrero,
" Piedad pido y merced en mis mortales
" Angustias; no la vida de tí imploro:
" Sálvame sólo el virginal decoro."

XCIV

" Tendió á la mía su valiente mano,
" Sin dejarme acabar lo que pedía;
" Y "Virgen bella—dijo—no es en vano
" Tu ruego: en mi defensa te confía."
" Un no sé qué de dulce y soberano
" Sentí que al corazon se introducía,
" Y pasando fué al alma inquieta, y luego
" Tornóse no sé cómo en llaga y fuego.

XCV

" Vióme frecuente, y en gentil manera
" Me consoló, doliéndose conmigo;
" Díjome: "Libertad te doy entera."
" No me tomó despojo de enemigo.
" ¡Ay! parecía don, y robo era;
" Que al darme libre, me llevó consigo.
" Lo que no precio me volvió y desdño,
" Y de mi alma por fuerza se hizo dueño.

XCVI

" Mal el amor se oculta. Con frecuencia
" Nuevas de tu señor te demandaba;
" Los signos viendo tú de mi dolencia,
" Dijiste: "Eres de amor, Erminia, esclava."
" Lo negué; mas mi amor con evidencia
" Suspiro ardiente mas veraz mostraba.
" Mis ojos, de la lengua en vez, acaso
" Descubrían el fuego en que me abraso.

XCVII

" ¡Necio callar! Hubiera al ménos hecho
" Algo, en remedio de mi pena horrenda,
" Si había, cuando no era de provecho,
" A mi deseo de soltar la rienda.
" Partí al fin, con la herida que en mi pecho
" Creí de muerte ser segura prenda;
" Y de alivio tener buscando modo,
" Hízome Amor atropellar por todo.

XCVIII

" Y en busca al fin salí del dueño mío,
" Que me hirió y que podía hacerme sana;
" Mas al llegar, causóme un extravío
" Gente que me siguió cruel y villana.
" Apenas, pues, de cautiverio impío
" Libréme, á parte huj yerma y lejana,
" Donde llegando desvalida, errante,
" Pastora fuí y de selvas habitante.

XCIX

" Mas mi deseo, á quien sujeto tuvo
 " El temor tiempo breve, tornó presto.
 " Volví á tentar la via, y me detuvo
 " Igual estorbo á mi designio opuesto.
 " Huir no pude ya, que me contuvo
 " Ladrona banda en cierto oculto puesto.
 " Fui, pues, cautiva, y los que tal me hicieron
 " Egipcios son, que á Gaza se partieron.

C

" Dióseme al capitan, y de manera
 " Su interes me gané, que ni en la vida
 " Ni en la honra sufrí, miétras viviera
 " Allí, en la corte de la maga Armida.
 " Así fui varias veces prisionera
 " Y escapé. Ya mi historia es concluida.
 " Mas los hierros primeros aún conserva
 " La tantas veces libertada sierva.

CI

" ¡Oh! con tal que el que en ellos apresada
 " Tiene el alma, jamas no la desligue,
 " Ni diga: "Errante sierva, otra morada
 " Busca," y la de él á abandonar me obligue,
 " Antes mi vuelta muestre que le agrada
 " Y en la antigua prision grata, me abrigue."
 Así Erminia decia, y departiendo
 Noche y dia, su ruta van siguiendo.

CII

Deja Vafrino el más comun sendero
 Buscando otra segura ó corta via.
 Cerca de la ciudad, cuando el lucero
 Demuestra que á su fin ya toca el dia,
 Llegan, de sangre van por un reguero
 Donde muerto un guerrero parecia
 En el camino, vuelto su semblante
 Al cielo, aun en la muerte amenazante.

CIII

Por las armas y extraño continente
 Ven que es pagano, y siguen su camino;
 Mas no léjos ven otro de repente
 Que las miradas fija de Vafrino.
 Cristiano es éste, dice interiormente;
 Mas cuando el traje oscuro á mirar vino,
 Salta á tierra, y el rostro descubierto,
 " ¡Ay de mí!—grita—que Tancredo es muerto."

CIV

A mirar del pagano el rostro horrendo
 La sin ventura estaba detenida,
 Cuando aquel grito doloroso oyendo
 En medio al corazon sintióse herida.
 Al nombre de Tancredo, va corriendo
 Cual ébria ó loca, la razon perdida.
 Ve la faz bella, pálida y marchita,
 Y veloz del arzon se precipita.

CV

Sobre él vierte de vena inagotable
 Lágrimas, y suspiros y lamentos,
 Diciendo: "¡Oh dura suerte é implacable,
 " A qué punto has traído mis tormentos!
 " Tras luengo tiempo, á ver tu rostro amable
 " Tancredo, vuelvo; y tú ni mis acentos
 " Oyes, ni puedes verme, aunque presente:
 " Te hallo para perderte eternamente.

CVI

" ¡Miserá! No creia que pudieras
 " Jamas ser á mis ojos doloroso.
 " Ciega quisiera ser de todas veras
 " Para no ver lo que mirar no oso.
 " ¡Ay! ¿De aquellas tus luces hechiceras
 " Qué es de la llama y rayo esplendoroso?
 " ¿La mejilla de rosa y de azucena,
 " Dó está, y la frente plácida y serena?

CVII

“ En tí, aun pálido y yerto, me embeleso:
 “ Tu alma bella, si en tí aun callada alienta,
 “ Si oyé mi llanto, al amoroso exceso
 “ Perdone el hurto que mi audacia intenta:
 “ De los pálidos labios, frío beso
 “ Que esperé ardiente, robaré sedienta:
 “ Alguna parte quitaré á la muerte
 “ Esa boca besando, exangüe, inerte.

CVIII

“ Boca piadosa, que soliste en vida
 “ Con tus palabras consolar mi duelo,
 “ Permite, ántes que haga mi partida,
 “ Que busque en darte un beso mi consuelo:
 “ Si entónces le buscara yo atrevida,
 “ Dieras quizás lo que hoy robarte anhelo.
 “ Lícito sea al oprimirte muerta,
 “ Que entre tus dulces labios mi alma vierta.

CLIX

“ Recoge esa alma á quien seguirte place:
 “ Do tu espíritu fué conduce el mio.”
 Así habla, y gime, y casi se deshace
 Por los ojos, de llanto vuelta un rio.
 Con el ardiente humor aquel renace;
 Lánguido entreabre el labio mudo y frío.
 Los ojos no, mas da un suspiro leve
 Que á los de ella mezclado, el aire lleve.

CX

La dama al caballero gemir siente,
 Y con sentirlo se consuela un tanto,
 Y grita: “Abre los ojos, y el doliente
 “ Funeral ve que te hago con mi llanto.
 “ Mirame: el largo viaje juntamente
 “ Haré, muriendo, con quien quise tanto.
 “ Mirame: no así huyas presuroso;
 “ Este último te pido don precioso.”

CXI

Tancredo abre los ojos, y al momento
 Graves, turbios, los baja. Siempre llora
 Ella. Valfrino dice: “Aun tiene aliento;
 “ Deja el llanto; á curarle atiende ahora.”
 A desarmarle empieza ella con tiento;
 La mano aplica á la obra bienhechora,
 Las heridas le cata, y cual maestra
 De que curarse pueden halla muestra.

CXII

Ve que de gran cansancio el mal proviene
 Y de que tanta sangre ha derramado:
 Para vendarle sólo un velo tiene,
 Tanta herida, en aquel sitio apartado.
 Mas amor nuevas vendas le previene,
 Y piadoso la enseña arte no usado:
 Con su pelo le enjuga y con él ata
 Cual mejor sabe, y de cortarle trata.

CXIII

Aquel velo bastarle no podia,
 Breve y sutil, á heridas numerosas;
 No hay ditamo ó panace; mas sabia
 Palabras de curar maravillosas.
 El letargo él sacude en que yacia,
 Y alzando sus miradas vagarosas,
 Ve á su criado, y que sobre él se inclina
 Una dama, en el traje peregrina.

CXIV

“ Vafrino—dice—aquí ¿cómo has venido?
 “ Y tú ¿quién eres, médica piadosa?”
 Alegre ella y dudosa, con sentido
 Suspiro y bella faz, teñida en rosa,
 “ Sabráslo—le responde;—es prohibido
 “ Por tu médica hablar; calla y reposa:
 “ Sanarás presto; el galardón prepara;”
 Y su regazo á la cabeza apara.

CXV

Piensa Vafrino cómo á la posada
 Le lleve, ántes que sea noche oscura,
 Cuando una tropa ve llegar armada,
 Y en ser los de Tancredo se asegura.
 Cuando partió á la lid desafiada
 De Argante, estaban juntos por ventura.
 No le siguieron, que él mandó esperarle;
 Y porque tarda, andaban á buscarle.

CXVI

Otros muchos seguian ese intento,
 Mas á éstos hallarle les sucede.
 Hácenle con sus brazos como asiento,
 En que asentar y aun recostarse puede.
 Dice él entónces: "¿Al furor hambriento
 " De los buitres será que Argante quede?
 " No, por Dios, se defraude á tan grande hombre
 " De honrada tumba y de glorioso nombre.

CXVII

" No hago yo guerra bárbara y aleve
 " A su cadáver. Él murió cual bueno,
 " Y así, en razon la honra se le debe
 " Que es al que muere último bien terreno."
 Muchos le ayudan, y hace que se lleve
 Tras sí el cuerpo del héroe sarraceno.
 Vafrino al lado á su señor se pone,
 Como que á resguardarlo se dispone.

CXVIII

Tancredo agrega: "A la ciudad vecina
 " Y no á mis tiendas ir ahora quiero;
 " Que si algun accidente á esta mezquina
 " Vida amaga, sufrirle allí prefiero.
 " De ese lugar de la pasion divina
 " Más corta via al cielo hallar espero;
 " Y satisfaga mi devota mente
 " Del santo voto el fin tener presente."

CXIX

Dijo, y allí le llevan. Colocado
 Sobre plumas, le toma un sueño quieto.
 Vafrino, para Erminia, no apartado
 Albergue halla cómodo y secreto.
 Va luego do Gofredo está alojado;
 Ni le detiene el general decreto,
 Aunque el caudillo, de futura empresa
 Las ventajas y riesgos mide y pesa.

CXX

Del lecho donde enfermo, su persona
 Posa Raymundo, el jefe está en la orilla,
 Y de él al rededor, noble corona
 De los más sabios y potentes brilla.
 Miéntas Vafrino allí con él razona,
 Reina un silencio grande á maravilla.
 " Fuí, señor—dice—haciendo tu mandado
 " Donde estaba el infiel campo sentado.

CXXI

" Mas del inmenso ejército que allegan
 " No esperes que te dé completa nota:
 " En llanos, montes, valles se desplagan,
 " Cubriendo el suelo en multitud ignota:
 " La tierra talan toda donde llegan,
 " Y todo rio y manantial se agota:
 " Su sed no sacian pozos ni veneros,
 " Ni su hambre de Siria los graneros.

CXXII

" Mas en la turba que sin cuento crece,
 " Inútiles se ven huestes enteras,
 " Donde ni órden ni mando se obedece,
 " Ni cerca lidian: son sólo flecheras.
 " Uno ú otro escuadron bueno parece,
 " Que de Persia ha seguido las banderas;
 " Y es quizás quien merece mejor fama
 " La que inmortal legion del Rey se llama.

CXXIII

" Tiene ese nombre, porque está ordenado
 " Que su número nunca mengüe en uno:
 " Para cubrir vacantes, con cuidado
 " Electos tienen por si falta alguno.
 " El general es Emíren nombrado;
 " Ni en seso ni en valor cede á ninguno;
 " Por mandado del Rey viene á buscarte
 " Para á campal batalla provocarte.

CXXIV

" Segun creo, dos dias ya no tarda
 " El que ese grande ejército se vea.
 " Tener debes, Reynaldo, en buena guarda
 " Tu cabeza: allí tanto se desea,
 " Que la gente más brava y más gallarda
 " Cortarla ha de intentar en la pelea;
 " Que en galardón ofrece darse Armida
 " A el que logre de tí ser homicida.

CXXV

" De ellos el persa es noble y valiente:
 " Digo Altamoro, Rey de Sarmacante,
 " Y Adrasto, Rey en el extremo Oriente,
 " Que miembros tiene y fuerza de gigante;
 " De todo otro mortal tan diferente,
 " Que por caballo enfrena un elefante.
 " Tisaferno además, á quien la fama
 " Por fuerte campeón doquiera aclama."

CXXVI

Dice así. Del doncel el rostro hermoso
 Se enciende: brota de sus ojos fuego;
 De la revuelta lucha está ya ansioso:
 Ni cabe en sí, ni puede hallar sosiego.
 Vafrino, vuelto al capitán famoso,
 " Señor—dice—á decir todo no llego;
 " De mis nuevas la suma aquí se encierra:
 " Con las armas de Judas te harán guerra."

CXXVII

Punto por punto luego le reseña
 Las trazas, los embustes y traiciones,
 Los disfraces, veneno y falsa seña,
 Los fieros y ofrecidos galardones.
 Responde á todo el que en saber se empeña.
 En silencio ya puestos los barones,
 La vista alza Gofredo, y al buen viejo
 Raymundo, dice: "¿Cuál es tu consejo?"

CXXVIII

Y él: "Me parece que á la luz primera,
 " Como dispuesto estaba, no ataquemos;
 " Mas se apriete á la torre, porque fuera
 " Salir á los que encierra no dejemos,
 " Y la gente descansa, pues se espera
 " Que batalla mayor luego tendremos.
 " Resuelve tú si más es conveniente
 " Pelear ahora, ó esperar prudente.

CXXIX

" Mas sobre todo, juzgo yo importante
 " Que más que nada tu persona cuides.
 " Por tí vence el ejército triunfante.
 " ¿Quién sin tí le llevara á nuevas lides?
 " Y para que el traidor no las suplante,
 " Nuestras enseñas de cambiar no olvides:
 " Así, ya descubierto á tí el engaño,
 " De quien lo traza tornaráse en daño."

CXXX

Bullon repone: "Tu prudencia usada
 " Muestras, y buen querer y sábia mente.
 " Mas lo que dudas cosa es ya ordenada:
 " Sacar mañana á pelear la gente.
 " No más en muro ó campo esté encerrada
 " La que supo domar el vasto Oriente.
 " Sienta nuestro valor la turba impía
 " En campo abierto, á la mitad del día."

CXXXI

" No sostendrán ni el nombre que llevamos,
 " No ya del vencedor la altiva vista,
 " Méenos las armas. Con vencer sentamos
 " En firmísimas bases la conquista.
 " La torre se dará, ó si la atacamos
 " Luego, posible no es que nos resista."
 El gran príncipe dice, y se retira;
 Que ya entrada la noche, sueño inspira.

FIN DEL CANTO DÉCIMONONO.

CANTO VIGÉSIMO Y ÚLTIMO.

Llegada del ejército egipcio y gran batalla campal.
 Salida y muerte del rey Aladino. Reynaldo mata á Sollman y aplaca á Armida.
 Emiren, capitán de los egipcios, muere
 á manos de Gofredo. Los cristianos, vencedores, cumplen el voto.

I

Alto ya por la esfera el sol asciende
 Y diez horas corridas van del día,
 Cuando la gente que el torreón defiende
 No sé qué cosa al léjos ven sombría
 Cual niebla que la noche al llegar tiende:
 Era la amiga huerte que venia,
 Y al cielo en torno alzando polvo vano,
 Los collados cubría y ancho llano.

II

De la alta cima agudos alaridos
 Eleva la asediada gente al cielo,
 Que suenan cual si en Tracia de sus nidos
 Turbion de grullas páte, huyendo el hielo,
 A más templados climas, con graznidos
 Veloz tendiendo el estridente vuelo.
 La esperanza ya cierta, con más furia
 La mano al arco da, voz á la injuria.